



FAVALORO

El gran operador



Pablo Morosi

Contents

1. [INTRODUCCIÓN](#)
2. [CAPÍTULO 1](#)
 1. [De Salina a La Plata](#)
3. [CAPÍTULO 2](#)
 1. [El Pibe](#)
4. [CAPÍTULO 3](#)
 1. [La raíz del humanismo](#)
5. [CAPÍTULO 4](#)
 1. [El reformismo como bandera](#)
6. [CAPÍTULO 5](#)
 1. [Curandero con diploma](#)
7. [CAPÍTULO 6](#)
 1. [La Clínica Médico Quirúrgica](#)
8. [CAPÍTULO 7](#)
 1. [Triunfar en Estados Unidos: el bypass](#)
9. [CAPÍTULO 8](#)
 1. [Un héroe nacional](#)
10. [CAPÍTULO 9](#)
 1. [Con la democracia se cura](#)
11. [CAPÍTULO 10](#)
 1. [El eterno candidato](#)
12. [CAPÍTULO 11](#)
 1. [La “fundición” Favaloro](#)
13. [CAPÍTULO 12](#)
 1. [Cerca del final](#)
14. [CAPÍTULO 13](#)
 1. [El comité de crisis](#)
15. [CAPÍTULO 14](#)

1. [Disparo al corazón](#)
16. [CAPÍTULO 15](#)
 1. [La estrella de Favalaro](#)
17. [AGRADECIMIENTOS](#)
18. [FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA](#)

Landmarks

1. [Cover](#)



Pablo Morosi

FAVALORO

El gran operador



Morosi, Pablo

Favaloro : el gran operador / Pablo Morosi. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos

Aires : Marea, 2020.

Libro digital, EPUB - (Historia urgente / 78)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8303-27-7

1. Biografías. I. Título.

CDD 920.71

Edición: Ariel Hendler

Corrección: Marisa Corgatelli

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Fotografía de tapa: Aldo Sessa

Fotografía de contratapa: Fundación Favaloro

©2020 Pablo Morosi

©2020 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-8303-27-7

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Mi tierra no es para mí triunfo, sino agonía y deber.

–Pedro Henríquez Ureña

Medicus, cura te ipsum.

–Quirón

INTRODUCCION

Desde que a finales de la década de 1960 René Gerónimo Favaloro sistematizó el procedimiento para sortear la obstrucción de las arterias coronarias con el injerto de una vena tomada de una de las piernas del propio paciente, los cirujanos del mundo han logrado salvar más vidas que las que se perdieron durante los cuatro años que duró la Primera Guerra Mundial.

Difícilmente otro argentino haya hecho una contribución similar para enfrentar un problema actual de dimensión tan acuciante: fuera de las bajas producidas en territorios en conflicto y en desastres naturales, las dolencias del corazón son la primera causa por la que mueren los seres humanos. El *bypass* aortocoronario logró cambiar totalmente el pronóstico de una enfermedad que hasta entonces equivalía a la pena capital y convirtió a Favaloro, nacido en La Plata en julio de 1923, en uno de los pioneros en la historia de la cirugía cardíaca.

A veinte años de su muerte, *Favaloro. El gran operador* rebobina su vida y su trayectoria procurando escapar a los corsés y esquematismos que supone toda figura de lustre –como lo era Favaloro– para hurgar en aquellos aspectos que conciernen a la hechura y las facetas de su personalidad; los que nos acercan a la orilla de sus ideales, anhelos y obsesiones.

En las páginas que siguen se delinea, en pinceladas, el Favaloro aprendiz de ebanista, el injertador de frutales, el médico rural, el amante de la cocina, el hincha ferviente de Gimnasia y Esgrima de La Plata, el alumno distinguido, el hábil cirujano, el científico brillante y el hombre simple capaz de conmoverse con la sola contemplación de la naturaleza. Los lectores también encontrarán aquí al militante estudiantil, al pensador, al educador, al historiador vocacional y al agudo y curtido político preocupado por la pobreza y los males del neoliberalismo y defensor a ultranza de la unidad latinoamericana bajo el concepto de Patria Grande trazado por San Martín y Bolívar.

Precisamente ese cariz político, anclado en su nacionalismo popular, humanista y comprometido que fue definiendo desde su juventud, impulsó a Favaloro, ya transformado en una eminencia reverenciada en todo el planeta, a regresar a la Argentina en 1971 para dar vida a un proyecto propio que entendía como una contribución esencial para el país, y la salud de la población.

Se propuso crear aquí un centro de investigación, enseñanza y atención de alta complejidad dedicado al tratamiento de afecciones cardíacas; un emprendimiento de avanzada similar a la Cleveland Clinic Foundation –donde se especializó y saltó a la fama– al que soñaba con posicionar entre los centros cardiológicos más importantes del mundo y como referencia insoslayable de América Latina. De lograrlo, obtendría un rédito inigualable y, a la vez, cumpliría con el destino de trascendencia que podía vislumbrarse en él ya desde adolescente.

Cubierto de gloria en otras latitudes, Favaloro buscó ser, también, profeta en su tierra. Concibió su regreso al país con la épica de una acción patriótica. En el imaginario argentino, aquel paso le confirió a su figura una generosidad sin límites que lo elevó, para muchos, a la categoría de héroe nacional: alguien que, aun consagrado, prefirió volver a trabajar para su gente y mantenerse fiel a sus ideas ligadas a la medicina social; quiso seguir siendo ese médico de pueblo que atendía a todos por igual y a los pobres, gratis.

Para conseguir sus metas supo encumbrarse, con pragmatismo y astucia, en la trama del poder. Sin distinguir colores partidarios, ni entre períodos democráticos o de regímenes dictatoriales, frecuentó incansable los despachos oficiales y se hizo habitué de los cócteles de empresarios, diplomáticos y sindicalistas, siempre en procura de ayudas y acuerdos imprescindibles para financiar su iniciativa.

Al mismo tiempo que se abocó a sentar las bases de la Fundación Favaloro para la Docencia e Investigación Médica, fue alimentando su propio mito fundado en sus logros médicos y en ese perfil de hombre común, sin ornamentos, recubierto de un aire campechano que le otorgaba un aura inusual en el mundo científico, y que le permitió generar por igual respeto y empatía.

Es el cirujano popular, triunfador gracias al esfuerzo personal: un

self made man que predicó la importancia del trabajo y la perseverancia, también con el ejemplo. Fueron su talento genuino y su empuje los que le hicieron ganar un lugar en la historia y un sitio de privilegio en el cariño de los argentinos, que lo convirtieron en una figura pública cautivante de la que todos querían estar cerca. Desde esa plataforma expuso su visión y su diagnóstico sobre los problemas del país, que reiteró insistentemente a través de escritos, intervenciones públicas en congresos y en sus profusas incursiones en los medios de comunicación. Así consiguió erigirse en referente de un pensamiento ético, una voz que denunciaba la corrupción estructural y el desahucio moral de la sociedad.

En ese contexto, escribió tres libros autobiográficos que son parte de su legado y que contribuyeron a pulir su imagen. *Recuerdos de un médico rural* lo ubica como un muchacho humilde y abnegado en la pampa seca, haciendo el bien en condiciones adversas; *De La Pampa a los Estados Unidos* cuenta sus afanes y explica los motivos del lugar que ocupa en la historia de la ciencia; y el último de la trilogía, *Don Pedro y la educación*, casi puede ser definido como un manifiesto político en el que, al repasar su etapa formativa, destaca la importancia de la enseñanza, la internalización de valores, la cultura del esfuerzo y el compromiso como elementos fundantes de una sociedad con equidad.

Revisitar la vida de René Favaloro no solo implica tomar dimensión de su enorme contribución a la humanidad y rescatarlo como símbolo de la entrega, el sacrificio y la búsqueda de la excelencia. El recorrido panorámico que propone este trabajo nos permite observar la forma de funcionamiento del sistema de salud argentino y sus claroscuros, para detenernos en los intersticios que dejan ver a este hombre extraordinario internarse en los senderos muchas veces escabrosos de la política argentina. Un derrotero complejo, quijotesco y por momentos contradictorio, que acabó por determinar el sino trágico de su final.

Con todo, su talento, su capacidad profesional y su destreza política no le alcanzaron para sostener el gran proyecto de su vida, y la explicación de por qué fue así no es sencilla. Para empezar, la Fundación Favaloro resultó inviable en un país que, si bien lo recibió

con los brazos abiertos, no dio cabida a su concepción de lo que debía ser la medicina; solo su impoluto capital simbólico y sus dotes para tejer alianzas le permitieron mantener en pie una institución sobredimensionada y con una pésima administración. No pudo, no supo o no quiso ver los límites de ese rol de hacedor de su sueño. Ante el quebranto económico e institucional del Estado, su figura idolatrada, como propia moneda de canje, perdió valor –como todo lo demás– y terminó por depositarlo al borde de un abismo.

Incomprendido y rodeado de acechanzas aun en su entorno más íntimo, Favaloro terminó por quitarse la vida con un disparo al corazón, en una suerte de inmolación que llevó implícito un mensaje que incluso hoy interpela a los argentinos.

Tras el suicidio del cirujano, la fundación que lleva su nombre modificó el perfil de sus servicios, dejando de lado los principios que habían inspirado su creación a cambio de un esquema que le garantizara la permanencia en el tiempo. Ya no tiene a la cardiología como especialidad exclusiva y tampoco atiende gratis a los pacientes pobres. Cabe la pregunta de si este cambio de rumbo es la ratificación de aquel desatino o, al revés, la confirmación de la continuidad e incluso la profundización de todos los vicios del sistema de salud que Favaloro solía denunciar, pero no consiguió cambiar.

Vencido en la gran batalla de su vida, se aferró a su pasado de médico rural e insistió en su deseo de ser recordado como un hombre volcado a la educación como herramienta clave para el progreso del país. Quizá porque, como él mismo dijo en sus últimos años, así es como quiso pasar a la historia.

Gonnet, marzo de 2020.

CAPITULO 1

De Salina a La Plata

El mar Tirreno envuelve a la isla Santa Marina Salina, una de las principales formaciones volcánicas del archipiélago que, como una corona, emerge delante de la costa norte de Sicilia. Con apenas veintisiete kilómetros cuadrados de superficie, Salina es la más fértil de ese conjunto de islas del sur de Italia a las que los griegos llamaron Eolias porque creían que allí estaba el hogar de Eolo, el dios de los vientos.

En Valdichiesa –o Valle de la Iglesia–, una pequeña localidad que forma parte del municipio de Leni, una de las tres comunas en que hoy se divide la isla que, a su vez, integra la provincia de Mesina, pueden hallarse los orígenes de la familia Favalaro. Declarada en 2000 Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, en sus bellos escenarios naturales se rodó la recordada película *El cartero* (Michael Radford, 1994), centrada en el exilio del poeta chileno Pablo Neruda. Curiosidades del lugar: de allí es oriundo Giuseppe Tomasi di Lampedusa, autor de una de las obras fundantes de la literatura italiana contemporánea, *El Gatopardo*, que narra la decadencia de la aristocracia vernácula tras la unificación del país.

Al evocar sus años de juventud, Girolamo Favalaro volvía siempre sobre aquella vista panorámica del valle y el mar vistos desde la casa familiar, en el pie de monte, que solía describirles con nostalgia a sus descendientes en la lejana ciudad de La Plata. Siempre recordaba que existía incluso un monte que llevaba el apellido de la familia. Varios trabajos hurgan sobre la procedencia del apellido Favalaro, que significa algo así como vendedor o cultivador de habas; y que, si bien puede rastrearse en la región de Palermo, en la isla de Sicilia, fue en las Eolias donde alcanzó mayor nombradía, en especial en la isla de Lipari, donde sus rastros se remontan a la primera mitad del siglo xvi.

Los Favaloro afincados en Santa Marina Salina dedicaron sus días a trabajar en varios lotes en los que reproducían con técnicas ancestrales el cultivo de un tipo de vino blanco, ligero y dulce llamado Malvasia delle Lipari que se comerciaba en los principales puertos del mar Mediterráneo, desde los cuales se distribuía a casi toda Europa. Con estructuras de madera armaban pequeñas pérgolas ordenadas en filas paralelas dispuestas en terrazas cercadas por muros de piedra, siguiendo una orientación perpendicular a la pendiente natural del terreno. Girolamo siempre contaba que había conocido por su padre los secretos de la poda para conseguir brotes basales surgidos del tronco principal de la planta, que dotan al fruto de mejores propiedades. Las uvas, recalaba, solo debían cosecharse bien maduras para luego dejarlas secar al sol en unos bastidores de caña que acondicionaba su madre, Rosalía Russo.

La aromática cepa de Malvasia posee una alta reputación en todo el mundo. Durante la Edad Media ya se había difundido ampliamente en toda Europa. De hecho, en su obra *Ricardo III*, William Shakespeare la menciona al narrar la muerte de Jorge Plantagenet, duque de Clarence, quien según una leyenda popular habría sido ahogado a la fuerza en un barril lleno de ese vino en la Torre de Londres. Muchos otros viajeros y expertos enólogos han ponderado sus virtudes a lo largo del tiempo, entre ellos el célebre escritor francés Guy de Maupassant, quien relata en su libro *La vida errante* un periplo náutico en el que cita a Salina y a su varietal, al que describe como “el vino de los volcanes: denso, dulce y dorado”.

Sin embargo, alrededor de 1890, cuando Maupassant publicó aquellas memorias, la bucólica fortuna de los viñateros de la isla resultó trastocada abruptamente por la aparición de una plaga de filoxera: una especie de pulgón amarillento originario de América del Norte que ataca las hojas y los filamentos de las raíces de la vid. El insecto, al parecer introducido por productores que habían cruzado el océano en busca de especies más resistentes, arrasó en pocos meses los cultivos y dejó a varias familias al borde de la ruina. Los ingentes esfuerzos por recuperar las viñas no surtieron efecto; tampoco dieron resultado las oraciones a la Madonna del Terzito, patrona de la localidad, cuyo santuario da nombre al valle. A la devastación se

sumó otro motivo adicional, no menor, que terminó por empujar al exilio a muchos isleños: entre 1888 y 1890 varios de los volcanes de las Eolias entraron en erupción, y la posibilidad cierta de que despertaran los dos volcanes Dydime (gemelos) de Salina se había vuelto una amenaza latente que amedrentaba a los pobladores.

La naturaleza terminó por acelerar, así, un proceso que las fuerzas económicas ya alimentaban en toda Europa: el éxodo del campo a la ciudad y del Viejo Mundo a las tierras de América. La Revolución Industrial empujó a los campesinos a reconvertirse en obreros en las nuevas metrópolis o a probar suerte en países en proceso de industrialización. Los pobladores de Santa Marina Salina no fueron ajenos a este fenómeno y la isla nunca recuperó siquiera la mitad de los ocho mil habitantes que tenía a fines del siglo XIX. Según estimaciones locales, la mayoría de los emigrantes se radicaron en Estados Unidos, Australia y la Argentina. Así fue que, junto a varios de sus parientes y otros isleños, Girolamo partió lanzado a la aventura de ultramar, con el alma en la mano y la esperanza de cambiar la suerte en la América promisoría donde hacía varios años muchos de sus compatriotas habían hallado el refugio de una tierra fértil y amigable donde empezar de nuevo.

Según las noticias con que contaban, la Argentina, el destino elegido, era una nación floreciente con un clima templado, abundantes recursos naturales y una amplia oferta laboral con salarios aceptables. Además, su gobierno alentaba el flujo migratorio, especialmente de extranjeros provenientes de Europa, tal como había quedado planteado en la Constitución Nacional de 1853 y reforzado posteriormente por una ley impulsada en 1876 por el presidente Nicolás Remigio Aurelio Avellaneda, que dispuso un plan de acceso a tierras para la colonización en procura del desarrollo de un capitalismo agrario que se asemejara al proceso norteamericano. Si bien aquel plan no logró el acceso generalizado de los inmigrantes a la propiedad de la tierra, fundamentalmente a causa del predominio de una estructura latifundista preexistente que lo resistió –sobre todo en las zonas más ricas de la llanura pampeana–, sí generó un incentivo que llevó a miles de barcos con forasteros a poner proa hacia el Río de la Plata. Diversos estudios sobre aquel fenómeno señalan el ingreso de

más de cuatro millones de extranjeros, principalmente italianos y españoles, entre 1880 y 1914.

Al desembarcar en Buenos Aires, Girolamo fue registrado como Gerónimo, nombre que adoptó en adelante, y se instaló en el Hotel de Inmigrantes, donde recalaba la mayoría de los recién llegados. Sin embargo, no todo resultó como lo había imaginado. Corría el verano de 1891 y el ambiente porteño estaba alterado por las derivaciones de una crisis política que unos meses antes había provocado la renuncia del presidente Miguel Ángel Juárez Celman, en medio de un fuerte descontento popular y una escalada inflacionaria. La inestabilidad institucional reinante afectaba la actividad del comercio y la industria, y hasta llegó incluso a ralentizar la potente corriente inmigratoria. Pero, pese a los claroscuros de la política local, la abundancia de tierra, junto con la escasez de mano de obra y el dinamismo de la producción agrícola, multiplicaban las oportunidades para quienes estuvieran dispuestos a aprovecharlas.

Fue en aquel trance que creció y se consolidó la relación de Girolamo con Rosa Lázzaro, también originaria de la isla de donde ambos habían partido meses atrás. La esperanza que compartían tenía como alimentos el amor y el compañerismo cultivados en ese tiempo en el que había que capear el agrio sabor del desarraigo.

Les hablaron de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, una ciudad de brazos abiertos que crecía a pocos kilómetros de allí. Había sido fundada apenas una década antes a partir de un diseño de vanguardia influido por las corrientes que impulsaban grandes reformas al formato insalubre del tipo de metrópoli industrial del Viejo Continente. De hecho, varios de los más conspicuos asesores del fundador, Juan José Carlos Jacinto Dardo Rocha y Arana, eran médicos que alentaban esas ideas avanzadas, como Eduardo Jorge Wilde, Emilio Ramón Coni o Guillermo Colesbery Rawson Rojo, este último considerado el padre del higienismo en la Argentina.

Seducidos por el prodigio de aquella urbe con aires europeos, ilustrada, moderna y saludable, Gerónimo y Rosa la eligieron como el lugar para echar sus raíces y se instalaron donde pudieron. En aquella traza armónica, implantada frente al mentado mejor puerto natural de todo el estuario, casi todo estaba por hacerse. Se necesitaban a

raudales obreros y artesanos de las más diversas ramas para la monumental tarea de erigir la capital bonaerense en medio de aquella planicie desierta. Su primer domicilio fue una suerte de pensionado en la calle 3 entre 42 y 43, a pocas cuadras de la estación del ferrocarril. Es la dirección que figura en varios documentos en los que el joven aparece como oriundo de la localidad de Malfa, en Santa Marina Salina, donde había sido inscripto originalmente. En esos mismos papeles se indica que sus padres, Rosalía y Juan, se habían asentado por entonces en Nueva York. Durante los primeros tiempos, él consiguió algunos trabajos temporarios como jornalero; luego se fue consolidando como feriante y zapatero, un oficio cuyos rudimentos había aprendido de su familia.

A poco de establecerse en la ciudad de las diagonales, Rosa y Gerónimo formalizaron una alianza que duraría toda la vida cuando el 12 de agosto de 1891 se casaron ante el Jefe del Registro del Estado Civil, Martín Núñez, según consta en el acta 241, mediante la cual se asentó el enlace. En ese asiento figura que Gerónimo tenía 28 años y Rosa, 31. En realidad, en la familia Favalaro cuentan que Gerónimo se quitó diez años al llegar a la Argentina, con la idea de que así le iba a resultar más fácil conseguir empleo. Nunca se lo contó a nadie, ni siquiera a sus hijos. Sin embargo, la verdad salió a la luz cuando, muchos años después, algunos de sus descendientes hicieron el trámite para obtener la ciudadanía europea y descubrieron que la fecha real del natalicio, tal como figuraba en sus documentos en Italia, era el 29 de mayo de 1853 y no 1863 como creían.

Con sus ingresos exiguos, la pareja apenas consiguió alquilar una humilde vivienda en la calle 5 esquina 65, que en esos años era una zona prácticamente despoblada. Rosa se ocupaba de los quehaceres domésticos que incluían la huerta, el gallinero y el cuidado del jardín. Pronto comenzarían a llegar los hijos. En la tarde del 30 de junio de 1892, la mujer alumbró en esa casa a su primogénita, inscripta como María Rosalía en el acta 1470 del Registro del Estado Civil platense. En la mañana del 21 de octubre de 1893 nació Juan Bautista y, según reflejan los documentos oficiales, luego llegaron Domingo José (1895) y Luis Gerónimo (1896). Tras una nueva mudanza a una casa ubicada en la calle 63 entre 5 y 6 N° 532, Rosa dio a luz a Arturo Cándido

(1897), Leticia Adelina (1899) y María Carolina (1900).

Después de años de mucho trabajo lograron comprar un lote en 68 entre 2 y 3, donde construyeron una casa de madera en la que se radicaron definitivamente. Era una vivienda con un recibidor minúsculo, comedor, dos dormitorios y una cocina amplia y luminosa. El frente estaba poblado de hortensias azules. En el patio, la parra cubría un piso de ladrillos y el aljibe. Al fondo, detrás de dos higueras cuyas simientes Gerónimo había traído de Italia, estaba el baño y, más allá, la huerta y el corral. En primavera, cuando florecía la glicina, su perfume inundaba todo.

Rosa y Gerónimo inculcaron a sus hijos los valores del trabajo, el sacrificio, la autosuperación y la ética, algo que terminó por convertirse en un sello distintivo de la familia. De acuerdo con una costumbre muy común entre los inmigrantes, se buscaba insertar a los hijos mayores en el mundo laboral, lo que a veces permitía que los más chicos accedieran a estudios superiores para forjarse una profesión y luego ayudar al resto. Así ocurrió. Domingo José fue tornero mecánico de precisión, mientras que Juan Bautista y Luis Gerónimo montaron un taller de carpintería en el mismo lote familiar, aplicando el oficio aprendido en cursos nocturnos de la Escuela Industrial Albert Thomas. En tanto, Arturo, el benjamín entre los varones, estudió medicina gracias a los ingresos aportados por los demás. La carpintería arrancó en un galpón, pero pronto comenzó a hacerse conocida por la calidad de sus trabajos. Primero entre los propios vecinos, y con el tiempo llegaron clientes desde el centro de la ciudad en busca de sus creaciones. Se trabajaba con un sistema de precisión por encastre de las piezas y con un acabado en relieve como si se tratara de esculturas. “Eran verdaderos artistas de la madera”, rememoró Domingo Sergio Carlos Favaloro, hijo de Domingo José, durante una entrevista para este libro. Por lo demás, en una época en la que las mujeres debían resignarse en general a las tareas hogareñas, en casa de los Favaloro todas ellas aprendieron algún oficio para poder valerse en la vida y colaborar con la economía familiar.

Hacia 1910, el Censo Nacional de Población reveló que la mitad de los habitantes de La Plata era de origen extranjero, y un tercio de ellos, italianos. Los inmigrantes tuvieron una fuerte gravitación en la

vida social de la ciudad: dieron vida a centros de fomento, clubes de barrio y bibliotecas populares que, con el tiempo, se erigieron en lugares de inclusión, solidaridad y contención. Eran ámbitos participativos donde se conjugaban la política, los deportes, la cultura y la recreación que servían para abordar los problemas comunes o simplemente cultivar el encuentro, y los Favaloro tuvieron activa intervención en ese tipo de entidades.

El trabajo y el vecindario conformaban los límites del mundo en aquellos días. Juan Bautista, el más grande de los varones Favaloro, conoció a Geni Ida Raffaelli, que vivía a la vuelta de su casa. Aída, como todos la llamaban, había nacido en Italia y era la mayor de los cinco hijos de Giuseppe Raffaelli y Cesárea Raffaelli. En la familia se apresuran a aclarar que, pese a tener el mismo apellido, no los unía ningún parentesco. Giuseppe y Cesárea habían llegado al país en 1897, provenientes de la región de la Toscana. Él era mecánico y empleado del ferrocarril y ella se dedicaba a las tareas del hogar. Habían impulsado a su primogénita, nacida en La Plata en 1899, a que aprendiera costura y bordado en una escuela de artes y oficios para señoritas, y desde adolescente Aída demostró que se daba maña en esas lides, en las que se lucía fabricando prendas de vestir, cortinas, ropa de cama y manteles.

Entre las caminatas por el Bosque y los bailes en alguno de los clubes de la zona el romance prosperó, y el 15 de octubre de 1921 el carpintero y la modista contrajeron matrimonio en el Registro Civil de La Plata. Según consta en el acta 254 de ese organismo provincial, los testigos fueron Domingo Favaloro, hermano de Juan Bautista, y el vecino Adolfo Luján. La pareja se mudó a una casa ubicada en un lote lindero al de los padres de Aída, en 68 N° 326. Tenía un zaguán, tres piezas, un amplio patio de ladrillos y un árbol de duraznos justo antes del galpón y el gallinero. Todo seguía quedando cerca, y la felicidad fue completa con la llegada del primer hijo. Para entonces, el trabajo y las perspectivas de desarrollo, pero sobre todo las penurias de la Primera Guerra Mundial, habían terminado por diluir las añoranzas de los mayores por retornar a Italia. Las nuevas generaciones solo pensaban en progresar en la Argentina.

El hijo de Juan Bautista y Geni, según consta en el acta 813, que lleva la firma del jefe del Registro Civil de la Sección Tercera, Ernesto Cibeau, nació el sábado 14 de julio de 1923 “a la una” en el domicilio conyugal. El documento indica que el bebé fue anotado el miércoles 18 con el nombre de René Gerónimo Favaloro. Fueron testigos los ciudadanos españoles Antonio García y Vicente Alsina. A los padres del recién nacido se les entregó la libreta de enrolamiento con el número 2 311 189, en la que figura la fecha antes citada, que también se usó en todos los documentos oficiales a lo largo de su vida. Sin embargo, en la familia siempre se dijo que el nacimiento había sido en realidad dos días antes, el jueves 12 de julio. Eso mismo se cuenta en la semblanza de René Favaloro escrita en julio de 2007 por su primo hermano Domingo Sergio, quien, en su doble condición de biógrafo y pariente directo, lo ratificó durante una entrevista para este libro. Una versión que ha circulado en el relato filial por décadas indica que, por influencia del tío Luis Gerónimo, ligado al ideario del socialismo europeo, se decidió cambiar la fecha en honor al aniversario de la Revolución Francesa, que el 14 de julio de 1789, día de la toma de la Bastilla, dio el golpe letal al absolutismo monárquico.

A su vez, una breve biografía publicada en la página web de la Fundación Favaloro no consigna explícitamente la fecha de su alumbramiento, pero sí la incluye en su currículum vitae, incorporado en otro apartado.¹ El 17 de julio, un día antes de ser inscripto ante el Estado, el niño fue bautizado por el cura Donato Pacella en la parroquia San José, en 6 y 64, a cinco cuadras de su casa. Según el registro que se conserva en el templo, los padrinos fueron Severo Scafatti y su tía María Rosalía Favaloro. René siempre se consideraría un “católico por nacimiento y tradición familiar”. La casa donde nació, en 68 entre 1 y 2, estaba situada apenas a una cuadra del Hospital Policlínico. Es común escuchar decir que Favaloro es oriundo de El Mondongo, una barriada populosa ubicada, en rigor, al otro lado de la avenida 1 en dirección al Río de la Plata. La verdad es que, aunque estaba muy cerca, la familia siempre vivió fuera de su perímetro, delimitado por las avenidas 1, 60, 122 y 72. Es razonable atribuir la confusión a que su crianza y buena parte de la vida social de René durante la niñez y adolescencia, e incluso en sus años de

adulter, se desarrolló en ese mítico territorio tan próximo a su casa natal y, qué duda cabe, también a su corazón. Él mismo se consideraba “un mondonguero de ley”.

En los años de su conformación, El Mondongo alojó a familias de obreros y changarines en viviendas económicas con el formato conocido como “casa chorizo”, del tipo de las que habitaban todos los Favaloro. La zona creció, se desarrolló y recibió su nombre del impulso que tuvo la industria cárnica en la zona portuaria, a raíz de la radicación de dos frigoríficos. La primera planta de procesamiento vacuno en frío, La Plata Cold Storage Co., se había inaugurado en 1904; originalmente de capitales sudafricanos, en 1911 pasó a manos de la estadounidense Swift. Cuatro años más tarde abrió sus puertas el gigante Armour, también de capitales estadounidenses. La mayoría de los vecinos eran operarios de esos frigoríficos y, según una difundida leyenda urbana, recibían semanalmente un bolsón con vísceras como parte del salario. Así, el guisado de mondongo en las comidas de fin de semana se popularizó de tal modo que hasta empezó a venderse en puestos callejeros.

René tenía apenas dos años cuando, el 6 de enero de 1926, recibió como regalo de Reyes el nacimiento de su hermano Juan José, a quien siempre lo unió un lazo indisoluble. En aquellos primeros tiempos, compartieron juegos, travesuras y descubrimientos.

René era un chico curioso e inquieto que, por ser el primero de su generación, contaba con la preferencia de los abuelos, especialmente los padres de su mamá, que en aquel tiempo vivían al lado de su casa: él los visitaba trepando por una grada apoyada sobre la medianera. Pasaba varias horas del día con Cesárea, trabajando la tierra y escuchando historias de la familia que solían transcurrir al otro lado del océano. La mujer, que nunca había ido a la escuela y era analfabeta, le contagió un amor perdurable por la naturaleza y por el terruño. “Desde niño aprendí, ayudando a mi abuela materna, a entremezclarme con la tierra a pura pala, azada y rastrillo, cultivando con esmero toda clase de vegetales. Aún conservo las primeras emociones de ver transformarse semillas pequeñas en la inmensa variedad de frutos que toda la familia consumía durante el año”, evocó en el prólogo a la primera edición de su libro *¿Conoce usted a*

*San Martín?*²

En cambio, el nono Gerónimo guardaba más distancia. Su actividad como feriante lo mantenía muchas horas del día afuera, en la calle. Era un gran amante de la lectura. Cada tanto, recitaba en voz alta algún poema de Virgilio, aunque su preferido era el florentino Dante Alighieri, y en su modesta biblioteca atesoraba un ejemplar en italiano de *La divina comedia*. Le apasionaba la política y, como casi todos los inmigrantes de esa época, simpatizaba con el ideario de la izquierda. Alguna vez también había comprado un violín que tocaba junto a Rosa, pero, según testimonios familiares, lo guardó y nunca más volvió a tocarlo tras la muerte de su esposa, la abuela paterna de René, ocurrida poco tiempo después del nacimiento de este. Gerónimo se ocupó de transmitir a su nieto mayor los trucos para hacer injertos que sirvieran para reproducir y revitalizar las plantas frutales que poblaban una buena porción del jardín, más allá de la infaltable parra. “El saber conservar en cada una los tallos fructíferos nos permitía saborear, durante el verano, infinidad de gustos que aumentaban la exquisitez por su frescura”, escribió Favaloro sobre sus vivencias en la quinta.³

Por lo pronto, el fin de la guerra en Europa había reactivado la economía argentina a partir de la exportación de productos agropecuarios y dio lugar a un proceso de desarrollo que se extendió por más de una década. En esos años, el país se convirtió en la undécima nación exportadora del mundo además de acumular pingües reservas de oro, y La Plata no era ajena a la bonanza general. En aquellos tiempos se incrementó el trabajo en la carpintería: Juan Bautista sentía que su emprendimiento se consolidaba. Consiguió una buena oportunidad y compró en cuotas una casa en 5 N° 1835, entre 69 y 70. En la parte trasera de la propiedad instaló su taller, al que dotó de nueva maquinaria, y hubo que sumar a familiares y vecinos como ayudantes y aprendices para poder hacer frente a la mayor demanda. Para esa época, cuando al padre de René le preguntaban su ocupación, solía presentarse como “industrial”. Había mandado a hacer un sello que decía: “Fábrica de Muebles y Carpintería Mecánica de Juan Bautista Favaloro. Especialista en instalaciones y muebles de estilo. Se hace cualquier trabajo perteneciente al ramo. Prontitud y

Esmero”.

“Había parejas que iban a casarse y le pedían los muebles con un año de anticipación”, rememora el primo Domingo, y cuenta que los trabajos siempre se retrasaban de tan minuciosos que eran. Sin embargo, los compradores sabían esperar porque el resultado final era insuperable. Además, los precios de la carpintería Favaloro eran muy ventajosos; tanto que en su propio entorno le advertían que cobraba demasiado barato para la categoría que alcanzaban sus producciones y el tiempo que le demandaban. Lo cierto es que, de ese modo, fulminaba a sus competidores.

La de 1920 fue una década dorada para la ciudad. Durante la presidencia del radical Máximo Marcelo Torcuato de Alvear se fundó la Destilería La Plata de la petrolera estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), mientras que el trabajo en los frigoríficos seguía en aumento y, consecuentemente, absorbía mayor cantidad de mano de obra. En 1925, el emprendedor inmobiliario uruguayo Fernando Juan Santiago Francisco Piria de Grossi, fundador del balneario Piriápolis en su país, le vio tanto futuro a la zona que compró unas 5000 hectáreas sobre la costa del Río de la Plata con la idea de crear otro cerca de Buenos Aires. Ese mismo año, de visita en la capital bonaerense, el prestigioso físico alemán Albert Einstein elogió el impulso que la vida universitaria le daba al panorama sociocultural de La Plata, que se erigía así en el paradigma del tipo de sociedad moderna a la que aspiraba la clase dominante.

Pero Argentina siempre fue un país de altibajos y contrastes. La incipiente prosperidad alcanzada en esos años se vio amenazada con los primeros coletazos de la crisis internacional originada en el *crack* financiero que hizo volar por los aires la bolsa de Wall Street hacia finales de 1929. La llamada Gran Depresión generó alarma y desconfianza en el mundo capitalista a nivel planetario y en nuestro país tuvo un impacto devastador. Aquella turbulencia, sumada a la tensión creciente entre el gobierno y la clase trabajadora, había alimentado una grave conflictividad social que fue el caldo de cultivo para la reacción de sectores civiles conservadores de la oligarquía patricia. Su consecuencia fue el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, el primero de una larga serie, con que el general José Félix

Benito Uriburu derrocó al presidente radical Hipólito Yrigoyen.

El abandono masivo del patrón oro para las transacciones comerciales había derrumbado los precios de las mercaderías agropecuarias, al tiempo que se interrumpieron las inversiones extranjeras en el país. La principal consecuencia fue una abrupta contracción del mercado interno que afectó directamente la economía de comercios y pequeñas industrias como la que llevaba adelante la familia Favaloro. Juan Bautista decidió enfrentar la adversidad invirtiendo todos sus ahorros en la compra de insumos. Esto que muchos le cuestionaron inicialmente por considerarlo un desatino terminó revelándose como un acierto, ya que con el paso del tiempo lo convirtió en casi el único carpintero que contaba con materiales para seguir trabajando pese a la interrupción de las importaciones, que se extendió durante algunos años.

La crisis, de todos modos, se hacía sentir. El trabajo escaseaba en la carpintería, donde casi no había pedidos de nuevos muebles y apenas si se hacían unas pocas reparaciones menores. En ese tiempo, el pequeño René vio cómo su mamá preparaba viandas de comida y las ofrecía a personas que pedían casa por casa algo de comer. Eran los “crotos”, los que se habían quedado sin trabajo. Muchos de los que mendigaban eran sus propios vecinos, amigos de la familia. Nunca pudo olvidar la impresión que le causó la crudeza de aquella escena.

¹ Véase fundacionfavaloro.org

² René Favaloro: *¿Conoce usted a San Martín?*, Buenos Aires, DeBolsillo, 2012, p. 9.

³ René Favaloro: *Recuerdos de un médico rural*, Buenos Aires, Ediciones SDDRA, 1980, p. 89.

CAPITULO 2

El Pibe

–¡Dale, Pibe, metele que llegamos tarde! –gritó el tío Leopoldo desde el zaguán.

Leopoldo era uno de los hermanos menores de Aída, la mamá de René, y trabajaba en la carpintería de los Favaloro. Había empezado como aprendiz en la adolescencia y, poco a poco, Juan Bautista le había ido enseñando los secretos de la actividad. La sobremesa se había disuelto intempestivamente cuando alguno de los presentes alertó sobre la hora. Faltaba poco para que comenzara a jugar la reserva de Gimnasia y Esgrima de La Plata y, por aquellos años, era una cita obligada para los simpatizantes de la escuadra albiazul llegar temprano al estadio del Bosque para ver a las promesas jóvenes del club antes de que saltaran al primer equipo.

En la casa de los Favaloro pocas costumbres estaban tan arraigadas como la comilona familiar los domingos al mediodía. Alrededor de la larga y torneada mesa del comedor que el jefe del hogar había construido con sus manos de habilidoso ebanista, los comensales disfrutaban de la pasta casera amasada por Aída junto con un estofado que varios de sus descendientes califican de inolvidable. Aquella tradición, sazonada con vino, pan casero y la infaltable *panna cotta*, incluía también la charla relajada en que los avatares de las distintas ocupaciones se mezclaban con las últimas novedades del barrio y la política, un tópico ineludible en el que el afecto y la tolerancia primaban sobre las diferencias. Entre los Favaloro solo había unanimidad en el fútbol: todos eran hinchas de Gimnasia.

Las incursiones a la cancha eran una experiencia fascinante para el pequeño René, o el Pibe, como le decían. El estadio estaba ubicado en el corazón del Paseo del Bosque, un pulmón verde que contaba con casi cien hectáreas arboladas por la familia Iraola, propietaria de

buena parte de las tierras de la región antes de que Dardo Rocha implantara allí la singular simetría de la urbe nacida de un plano. Se había inaugurado oficialmente en 1924 frente al predio de juegos atléticos del club, destinado a la práctica de deportes al aire libre. Aquel año el equipo fue subcampeón del torneo de la Asociación Amateurs de Football, detrás de San Lorenzo, y terminó invicto como local.

Surgido en 1887 bajo el lema *Mens sana in corpore sano*, el club de Gimnasia y Esgrima había nacido como una institución ligada a los sectores acomodados de la ciudad, con un marcado perfil aristocrático que, con el tiempo, y sobre todo desde la incorporación del fútbol entre sus actividades principales, se había vuelto popular, nutriendo sus filas con nuevos adherentes de la clase trabajadora. Al parecer, como en la década de los años 20 varios de sus jugadores eran empleados de los frigoríficos de la región, se empezó a llamar al club como “la Tripa” y a sus seguidores como “los triperos”. El mote, que nació de los sectores acomodados de la ciudad con un sentido despectivo, terminó siendo acogido con orgullo por la parcialidad.

La reiteración de buenas campañas fue multiplicando el público que asistía a ver los partidos e impulsó a los directivos a construir una platea techada con butacas para socios y tribunas populares que llevaron la capacidad del reducto a 20 000 localidades, e incorporaron, además de vestuarios, oficinas administrativas y hasta una confitería donde era un hábito que los simpatizantes tomaran una que otra medida de caña. Para los Favaloro, el trayecto de quince cuadras hasta la cancha del Bosque era una verdadera fiesta. Del otro lado de la avenida 1, hacia el río, El Mondongo se vestía con los colores de la institución decana del fútbol nacional. Algunos vecinos colgaban banderas en los balcones y sacaban sillas para, entre mate y mate cocido, saludar el paso de los simpatizantes. Era el barrio de los frigoríficos y, por lo tanto, un barrio “tripero” por excelencia.

René empezó a prestarle atención a Gimnasia a partir de 1929. Ese año el club se alzó con la Copa Estímulo (así se llamó el torneo, anteúltimo de la era *amateur*) con una *performance* fenomenal: 14 triunfos en 17 partidos disputados. La consagración llegó el domingo 9 de febrero de 1930 con una victoria por 2 a 1 sobre Boca Juniors,

con dos tantos del delantero estrella Martín Cesáreo Maleanni. Se jugó con gran afluencia de público en la cancha de River Plate, por entonces ubicada en la antigua avenida Alvear –actual Libertador– y Tagle. En la ciudad de las diagonales aún se evoca el festejo interminable de aquel título que terminó confundido con las celebraciones de los carnavales.

El futuro médico se perdió la final, pero ya vivía los partidos con gran entusiasmo. Junto a algunos de sus compañeros de la escuela intentaba memorizar los nombres de los jugadores que oía en su casa o leía en las páginas de los diarios locales que había empezado a consultar en la sala de la biblioteca del barrio. En 1933, ya en el profesionalismo, la base de aquel conjunto que había resultado campeón *amateur* pasó a la historia como “El Expreso”. Así la había bautizado el periodista Carlos de la Púa en el popular diario *Crítica*, porque era como una locomotora que arrollaba a sus rivales. Fue entonces que René comenzó a ir con mayor frecuencia a ver los partidos, siempre de la mano de Leopoldo o de alguno de sus otros tíos. Incluso su presencia en el Bosque se transformó pronto en una especie de cábala familiar. El equipo no había perdido un solo partido y era la revelación del certamen: llegó a estar veintiséis fechas consecutivas en la punta.

En esa época los niños no pagaban entrada, así que, como solía bromear el tío Leopoldo para jactarse de la efectividad de la martingala, llevar al Pibe era toda ganancia. Fue la época en que concurrió más asiduamente a ver fútbol. Luego, el estudio, las ocupaciones y los compromisos lo fueron alejando de los estadios.

Sin embargo, las décadas no borrarían en René el recuerdo de la excitación con que vivió el primer partido de aquel certamen, cuando el conjunto, dirigido por el húngaro Emérico Hirschl, derrotó como visitante por 2 a 0 a Estudiantes, el otro equipo de La Plata. Para René, El Expreso había sido “un cuadrazo”, y no se cansaba de elogiar a sus jugadores, entre los que siempre destacaba a Arturo “Torito” Naón, el goleador, y al mediocampista central José María Minella, quien años después pasó a River, donde integró la primera versión de ese inolvidable equipo conocido como “La Máquina”. Esa campaña lo convirtió en un hincha incondicional. Sobre el final del

campeonato, una serie de malos arbitrajes dejó al equipo fuera de competencia. Como buen tripero, René se diplomó en sufrimiento.

Aquel chico humilde y sentimental, que gozaba y se afligía con los resultados de su amada divisa, nunca imaginó que esa inmensa platea con techo de cemento, que con perpleja fascinación había visto construir en 1931 para albergar el palco de las autoridades y las ubicaciones preferenciales de las personalidades encumbradas del club, alguna vez iba a llevar su nombre.

René había comenzado la escuela primaria a principios de 1930. Aunque nadie en la familia lo recuerda ni nunca se ha mencionado, en la documentación de su trayecto escolar hay un dato desconcertante que da cuenta de un paso fugaz por la Escuela Primaria N° 15 “Sargento Cabral”, de la localidad de San Germán, apenas un caserío entre montes y caminos arenosos en el distrito de Puán, en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires, muy cerca de Jacinto Arauz – localidad en la que iba a vivir y a ejercer como médico rural años más tarde–, en el límite entre Buenos Aires y La Pampa. Así consta en la Cédula Escolar que la Dirección General de Escuelas bonaerense le asignaba a cada alumno.

Cerca de San Germán tenía un campo Manuel Rodríguez Diez, esposo de Ofelia Raffaelli, hermana menor de Aída. El matrimonio vivía en Villa Iris, una de las colonias próximas a Arauz. Algunos lugareños sostienen que era común que los Favaloro-Raffaelli visitaran a la parentela en los veranos, cuando René era pequeño. En el mencionado documento escolar, que contenía, entre otras cosas, el cumplimiento del calendario de vacunación y una ficha médica, consta que el alumno recibió un pase “por mudanza” el 12 de abril de 1930, por el cual continuó cursando el primer grado en el turno mañana de la Escuela N° 45, Manuel C. Rocha, donde completó el ciclo.

Fuentes familiares no descartan la hipótesis de que su padre tuviera un trabajo importante en esa zona y que, en medio de las dificultades económicas de la época, hubiera tenido que desplazarse. Como se verá, no es el único misterio alrededor de la vida de Favaloro. Pero fue en la Escuela N° 45 donde, finalmente, René cursó la primaria. Estaba ubicada en 68 y diagonal 73, entre 115 y 116, pleno barrio El Mondongo, a seis cuadras de su casa y a tres de la de sus abuelos